

YO TAMBIEN SOY HOMBRE
DE COLOR.

José Agustín Goytisolo

Si un natural de este país maltrata, de palabra o de obra, o bien explota a un inmigrante, eso, en la mayoría de los casos, no es noticia. Pero si la agresión o el delito la causa un inmigrante magebí, pongamos por caso, y la víctima es un conciudadano nuestro, eso sí es noticia, y escandalosa a veces.

Dejando de lado el hecho de que la condena moral de nuestra sociedad no es la misma en ambos casos, ocurre que en el caso de un magrebí haya cometido un delito, se hace responsable a toda la colectividad inmigrante del desafuero: todos son iguales, todos son un peligro. Y ahí es donde se cuece la xenofobia, donde nacen el racismo y la intolerancia.

Ocurría y ocurre lo mismo con los gitanos, y eso que llevan más de quinientos años viviendo en España, con su DNI español, y sin que, salvo en casos aislados, ninguno de sus miembros obre mal.

La intransigencia y el racismo llegan a su más alto techo si el inmigrante delictivo es un africano de raza negra: senegales, nigeriano o de cualquier otro punto de África. Se les llama gente de color, pues parece menos ofensivo (?) que llamarles negros. Y es peor. Yo también soy un hombre de color, de color blanco, un rostro pálido, o un blanquiñoso, como nos llaman los Indios en Iberoamérica.